
Esculpir a Martí: memorias y monumentos en la Primera República Cubana¹

Lillian Guerra

Departamento de Historia

Universidad de Wisconsin, Madison

En un húmedo y caluroso día de junio de 1896 —a sólo un año de la tercera y última guerra de independencia que Cuba sostuviera contra España—, la máxima autoridad del ejército libertador cubano decidió celebrar el primer aniversario de la muerte de Martí. Acompañado por cientos de soldados rebeldes, el General Máximo Gómez escogió el lugar preciso de dicha conmemoración en Dos Ríos, en la región de Oriente, donde José Martí había caído herido de muerte ante una ráfaga de balas españolas. Una vez descendió de su caballo, el anciano General Gómez, de 72 años de edad para aquel entonces, tomó una cruz de madera tallada especialmente para la ocasión y arrodillándose, la introdujo en el suelo. Luego, tomó una piedra, la depositó a los pies de la cruz y ordenó a cada uno de los soldados que lo acompañaban hacer lo mismo. Inmediatamente después, en medio de una atmósfera de respetuoso silencio, Gómez habló “con voz entrecortada” a los hombres congregados ante él. Al explicar por qué no había podido salvar la vida de Martí en aquel fatídico día, Gómez reveló las mortificaciones de una conciencia afligida. Al respecto, un oficial presente en el acto recordaba que Fermín Valdés Domínguez, secretario personal de Gómez y amigo cercano de Martí, había sido el único capaz de concluir la ceremonia en buena forma. Una vez que Gómez terminó de hablar, Valdés Domínguez dijo: “aquel modesto monumento sería el altar a donde habríamos de venir todos a cantar el himno de la victoria, a saludar nuestra Independencia

glorificando a Martí muerto que era la Revolución y a Gómez vencedor que era la Guerra".²

Varios años más tarde, luego de que la intervención norteamericana de 1898 terminara con la guerra y de que las fuerzas conservadoras tomaran el control del Estado cubano, la fortuna corrida por este primer monumento a Martí reflejaría el destino seguido por la "Primera República Cubana": a sólo meses de la inauguración de la República en 1902, oficiales municipales de Oriente planificaron la demolición del monumento original erigido por las tropas del General Gómez en Dos Ríos. El principal organizador de este proyecto describió el monumento como "una monstruosa pila de rocas" e ingenuamente le escribió al mismísimo General Gómez ¡para solicitarle fondos para su causa! Sólo en el "mármol" —escribió— "o en el bronce, o en el modesto bloque de granito, sino hubiere para más" podría preservar adecuadamente "la memoria [...] del padre de nuestras libertades, el supremo profeta de las libertades cubanas".³ A Gómez, quien compartía el ideal de Martí de una República "con todos y para todos", la propuesta de destruir el monumento de Dos Ríos y reemplazarlo por uno de mármol debió haberle parecido una triste ironía. Para muchos antiguos revolucionarios como él, éste era un signo de los tiempos.

A pesar del desdén de Gómez por el nuevo monumento propuesto para Dos Ríos, al igual que él, miles de cubanos se congregaron alrededor de monumentos para conmemorar la vida y muerte de Martí, durante los primeros años de la República. La más notable de estas ceremonias fue el descubrimiento del monumento a Martí que reemplazó a la estatua de la Reina Isabel II en el Parque Central de La Habana el 24 de febrero de 1905, en el décimo aniversario del inicio de la revolución de 1895. Al asistir a esta celebración, muchos cubanos dejaron a un lado las crecientes diferencias políticas con los antiguos veteranos de guerra, ahora convertidos en líderes políticos y responsables de tan significativo evento. Hacia 1905, un creciente número de cubanos consideraba al presidente Tomás Estrada Palma como un traidor de las causas sociales que inspiraron la Revolución y un títere de los intereses económicos de los Estados Unidos.⁴ A pesar de ello, Estrada Palma ofreció en esta ceremonia el único discurso en homenaje a Martí que jamás realizara en el transcurso de toda su carrera política. Invitó al público a compartir con él una oración en la que pidió que el espíritu de Martí descendiera sobre aque-

llos que prometieron imitar su entrega al servicio de la *patria*.⁵ Sin embargo, al poco tiempo el presidente traicionó sus propias intenciones. A menos de transcurridos dos meses desde el develamiento de la estatua de Martí, la administración de Estrada Palma desencadenó una ola de terror y represión contra sus rivales políticos y oponentes a su gobierno de todas las clases sociales. Hechos similares a éste sucedieron a otras celebraciones públicas de Martí durante la Primera República. En perspectiva histórica, estas conmemoraciones vinieron a señalar los ciclos de movilización popular, revolución y represión estatal que aseguraron el colapso de la República en 1933.

Sin embargo, el que cubanos representantes de todos los sectores del espectro ideológico se reunieran en torno a la figura de Martí, en tantas ocasiones, es significativo. Al mismo tiempo, el período entre 1898 y 1933 no sólo marca el inicio de la expansión del imperialismo norteamericano en Cuba, sino también un momento de constante agitación política y revoluciones internas a favor del cambio social. En estos años, no menos de cinco movimientos armados se declararon en rebelión contra el Estado cubano. Estos movimientos incluyeron la revolución liberal de 1906, la revolución afrocubana de 1912, la revolución liberal de 1917 y la revolución liberal contra la dictadura de Gerardo Machado entre 1930 y 1933. También he considerado en esta lista el abortado movimiento revolucionario de 1905, dirigido por liberales socialmente radicales como Evaristo Estenoz, quien también participó en la revuelta de 1906 y fue fundador del Partido Independiente de Color (PIC, 1908-1912), así como iniciador y líder de la protesta armada de 1912. Debido a que el objetivo del movimiento de 1912 era derrocar al Estado en favor de nuevas elecciones bajo la supervisión de mediadores extranjeros (la misma meta de la revolución liberal de 1906), también lo considero como una “revolución”.

De acuerdo con sus líderes, estos movimientos estaban dirigidos a reivindicar la revolución de 1895 y materializar el concepto de nación cubana propuesto por Martí. Debido a los complejos factores involucrados en la caracterización de este período histórico, sería muy fácil desestimar los proyectos de construcción de monumentos y las formas de conmemoración del pasado como meros recursos de una posmoderna fantasía discursiva e histórica. No obstante, un examen detenido de los momentos específicos en que Martí y la erección de monumentos en su honor fueron importantes

para los cubanos revela su significado. Las interpretaciones sobre la conflictiva construcción de las memorias del pasado se relacionan estrechamente con las posiciones ideológicas que los cubanos asumieron en determinado momento histórico y los discursos que justificaron dichas opciones políticas. Uno de esos momentos es el que sirve de contexto para la discusión aquí presentada. Este es el período que va desde 1909 a 1912, cuando los cubanos confrontaron, por primera vez, el papel histórico de sus diferencias internas en cuanto a “raza” y sus implicaciones para la construcción de un Estado-nación moderno.

Múltiples Martí, memorias y naciones

Una forma de entender mejor los procesos culturales implícitos en la construcción de determinado proceso o momento histórico es el estudio de sus múltiples niveles de análisis. Así como el mármol de una estatua puede presentar distintos niveles o capas, en los que se despliegan diversos colores y texturas, los monumentos como marcadores físicos de la memoria histórica tienen múltiples significados para quienes los celebran y definen como propios. Al entender por qué los cubanos modelaron la imagen de Martí en monumentos y por medio de éstos debatieron las distintas interpretaciones sobre este héroe nacional, podrán comprenderse las múltiples formas en que los cubanos recordaron y comprendieron el pasado revolucionario como una ventana hacia su violento presente político. Como veremos más adelante, los debates entre distintas facciones políticas por el derecho a apropiarse de la imagen y el recuerdo de Martí fueron discusiones sobre el derecho a participar del control del Estado. Para la élite política y social cubana, la “nación” tuvo significados distintos de los formulados por las clases populares y sus aliados radicales de los círculos ilustrados. Este fue el panorama político de la revolución de 1895 y los primeros años de la República. En 1902, tener poder en el Estado implicaba tener acceso al diseño de políticas públicas que transformaran en realidad los proyectos de “naciones” que los participantes en las guerras de independencia sólo habían imaginado hasta aquel entonces. Al estudiar al Martí esculpido en mármol y examinar sus apropiaciones en momentos históricos específicos, pueden apreciarse las diferencias de las distintas “naciones” en debate. Este examen también revela que las divergentes interpretaciones del pasado

cubano necesariamente implicaron interpretaciones igualmente divergentes de sus legados.

Con anterioridad a la década de 1920, es decir, antes de que los ensayos más controvertidos de Martí alcanzaran amplia difusión y las circunstancias políticas inspiraran un análisis serio que permitiera apreciar la profundidad de sus reclamos ideológicos, la mayoría de los cubanos creía que su mayor legado a la causa de la independencia no era su discurso antiimperialista contra los Estados Unidos. En un estudio discursivo de la mistificación de José Martí desde los años de su vida hasta el presente, Ottmar Ette (1995:55-87; 89-71) se aventura a argumentar que los trabajos producidos por los autores que se apropiaron póstumamente de las ideas de Martí se caracterizaban por una “vaguedad” o ambigüedad incipiente y políticamente conveniente. Aunque Ette atribuye el redescubrimiento de una imagen mucho más definida de Martí a la generación de intelectuales radicalizados durante la dictadura de Machado, destaca que una conciencia antiimperialista general no emergió sino hasta el período 1933-1959. Sin embargo, la naturaleza discursiva del estudio de Ette sobre la temprana república limita su entendimiento de estas apropiaciones de Martí. Como veremos, no hubo nada ambiguo en la forma en que sus adherentes transformaron las ideas de Martí en políticas estatales en las primeras etapas de la República.

En este período de temprana formación de la hegemonía americana sobre el Estado y la economía cubana, la mayoría de los cubanos creía que los mayores obstáculos para la liberación y cambio social se encontraban al interior de las estructuras y actitudes de la sociedad cubana y no fuera de ella. Como resultado, quienes discutieron las palabras y celebraron la imagen de Martí durante la temprana República sintieron que su mayor legado histórico había sido su capacidad para unificar a los cubanos —compatriotas más allá de sus profundas diferencias raciales, culturales y de clase. Los principales medios y el sistema político esperaban manipular esta imagen en su propio beneficio. A menudo esta imagen se difundió a través de conmemoraciones públicas o en el Congreso, pero tales llamados a la unidad social en medio de un contexto de permanente lucha social implicaban poco menos que una exigencia de pasividad política y complicidad con las políticas sociales conservadoras del Estado por parte de las “masas”.⁶ Del mismo modo que Martí había forjado la unidad social durante la guerra de independencia,

es decir, llamando a sus compatriotas a poner a un lado sus diferencias, los políticos cubanos creían que podrían forjar la unidad y estabilidad del Estado convenciendo a sus miembros a hacer lo mismo. Por otra parte, activistas radicales de la clase trabajadora e intelectuales de los primeros años de la República argumentaban que antes de la revolución de 1895, Martí había unificado a los cubanos no por medio de un llamado a olvidar sus diferencias, sino por medio de una invitación a tolerarse los unos a los otros por el bien de la causa de la independencia. La meta de Martí, lograda la independencia, era la negociación del papel de las diferencias sociales dentro del contexto de un Estado soberano y no su transformación en obstáculo para la estabilidad estatal, como creían algunos políticos de la élite.

Durante el año de investigación que viví en Cuba (1996-1997), algunos académicos locales me señalaron que las imágenes ideológicamente radicales de Martí no existieron con anterioridad a 1920, cuando la formación del Partido Comunista habría encausado a los intelectuales cubanos en esa dirección. Sin embargo, varios académicos cubanos y extranjeros han insistido en que los activistas negros con conciencia de raza entendieron las imágenes y escritos de Martí en términos socialmente radicales, en un período tan temprano como la década de 1890. Entre estos estudiosos se encuentran Serafín Portuondo Linares (1950), Tomás Fernández Robaina (1990), Alejandro de la Fuente (1998) y Aline Helg (1995). Muchos activistas, trabajadores, intelectuales y miembros de las clases populares de la sociedad cubana, además del movimiento del Partido Independiente de Color, interpretaron a Martí desde la perspectiva del radicalismo social hacia 1910 (véase Guerra, en proceso).

Después de la muerte de Martí y de la fundación de la República, cubanos de todas las clases sociales y afiliaciones políticas comenzaron a apropiarse insistentemente de la figura de Martí como una estrategia, primero, para apelar a la unidad entre unos y otros, para luego desacreditarse unos a otros. En este proceso, los cubanos articularon una nueva jerga nacionalista de "unidad social". Reproducida más por el símbolo que por las palabras de Martí, este nuevo lenguaje implicaba, sin embargo, significados e interpretaciones disputados de Martí y la "nación cubana". El examen de cómo y cuándo los cubanos eligieron recordar a Martí y legitimar su memoria para literalmente grabarla en piedra ofrece una inmejorable oportunidad para analizar las formas en que este lenguaje

de unidad social permeó las distintas capas de la sociedad isleña. En el contexto de los primeros años de la República, las apropiaciones de Martí y de las memorias de la guerra de 1895 sirven de señales en el proceso de construcción de la “nación”. Por medio de estas señales se puede apreciar hasta qué punto el proyecto de Martí de unificar las distintas ideas de nación de los cubanos se estancó después de la independencia y se fragmentó en conflictos políticos internos, antes de colapsar en su conjunto.

En la siguiente discusión, exploraré el significado de la retórica de “unidad social” en una coyuntura específica de la historia de la Primera República. Este momento de cambio está marcado por el período entre 1909 y 1912, en el cual los veteranos de la guerra de 1895, tanto dentro como fuera del Estado, debatieron en torno a dos preguntas fundamentales. La primera era quiénes tenían derecho a participar de las instancias de poder en la nueva república y la segunda era cuáles serían las consecuencias de una mayor equidad en la distribución del poder para el destino político y la cultura de la sociedad cubana. La forma en que los cubanos de este período respondieron a estas preguntas y concretaron sus ideas en la construcción de las imágenes de Martí revela un aspecto muy importante de las formas de la memoria histórica y los proyectos de “nación” en disputa en el devenir político de la República.

Entre 1909 y 1912, el Partido Liberal había logrado elegir de entre sus filas a la mayoría de las autoridades de gobierno. Por primera vez, Cuba era gobernada por un sector de la élite política cuyo liderazgo en las guerras de independencia le había granjeado un amplio apoyo popular. Sin embargo, la reticencia de la administración liberal a darle prioridad a las necesidades de las clases populares, así como su falta de garantías para los derechos civiles de los ciudadanos en general, pronto dieron paso a la formación de movimientos sociales de oposición. Comúnmente, estos movimientos desafiaron la autoridad estatal por medio del cuestionamiento de la legitimidad de sus líderes como guardianes de las “memorias” revolucionarias, a la vez que pusieron en duda que éstos representaran la promesa de la nación democrática como principal legado de la revolución. Dos de los movimientos más prominentes e importantes históricamente fueron el liderado por el PIC y la campaña nacional de los veteranos (1910-1911). En términos amplios, ambos movimientos tenían la meta de abrir el sistema político y reorganizarlo para incluir a los sectores de la sociedad cubana his-

tóricamente marginados y desposeídos. En el transcurso de sus movilizaciones, el PIC y los líderes de los veteranos consistentemente argumentaban que su derecho al Estado no estaba garantizado sólo constitucionalmente, sino que había sido forjado con su propia sangre. Las memorias de las luchas de la independencia y las imágenes de sus mártires formaron la estrategia discursiva principal a través de la cual los participantes de ambos movimientos, el PIC y los veteranistas, lanzaron sus ataques contra el Estado liberal. Liderado por hombres que habían definido su legitimidad política en oposición a los legados autoritarios y aristocráticos del pasado, el Estado bajo el presidente José Miguel Gómez a todas luces no debía guardar ninguna reserva respecto a incluir en sus medidas de gobierno las necesidades de las clases populares —y ninguna ilusión sobre las consecuencias de no hacerlo. Sin embargo, la administración de Gómez se basó en un conjunto selectivo de memorias para guiar la acción del Estado y legitimar sus acciones. En términos prácticos, esta posición significó un fuerte perjuicio para los nacionalistas radicales y revolucionarios que esperaban imprimir su proyecto alternativo de “nación” en la agenda política del Estado. El primer grupo en intentarlo fue el PIC.

Martí, raza y revolución: el Partido Independiente de Color y la campaña de los veteranos, 1909-1912

Desde los inicios de su organización en 1908, los líderes del PIC se comprometieron con una plataforma política que privilegiaba una activa agenda social y llamaba la atención sobre las diferencias raciales en la construcción de la historia pasada y presente de Cuba. Desde las páginas de su órgano de difusión, *Previsión*, el PIC combatió la discriminación racial institucionalizada y la promoción de una cultura oficial hostil a la población negra. A pesar de las diferencias raciales y de clase que tradicionalmente habían separado a los negros de los mulatos, el PIC llamó a todos los cubanos de ascendencia africana a la formación de una sola identidad negra y una memoria histórica común bajo el denominativo de “clase de color”. Al mismo tiempo que desestimó las manifestaciones religiosas y formas de organización africanas por considerarlas atrasadas, el PIC estableció que su propósito no era hacer negros conforme a un sistema cultural dominado por blancos. Más bien, el PIC trató de eliminar cualquier elemento de la cultura negra cuba-

na, que diera a los blancos alguna razón para definir a los negros como seres “racialmente inferiores”. Según el líder del PIC, Juan de Dios Duany, por medio de la autodiscriminación de la población negra, las sociedades de socorros mutuos sólo para negros y la resistencia a los “combates” políticos con los blancos, éstos últimos mantenían a los negros exactamente como los querían: oprimidos (Helg 1995:149-153).

Con excepción de ciertos políticos negros, el PIC recibió la mayor parte de su apoyo de los sectores populares, blancos y negros, urbanos y rurales, del Partido Liberal. Debido a que los fundadores del PIC, como Evaristo Estenoz, militaron inicialmente en las filas liberales, sus correligionarios, blancos y de color, consideraron su disidencia política como una bofetada en la cara y un ataque directo a las aspiraciones del partido en el poder. Liberales y conservadores desestimaron las demandas sociales planteadas por el PIC. Incluso entre los partidarios del PIC, la agenda de luchas sociales radicales tenía mayor prioridad. Entre estas demandas estaban el establecimiento de la jornada de ocho horas laborales, la preferencia de trabajadores cubanos sobre inmigrantes extranjeros en los puestos de empleo, la distribución de tierras públicas entre cubanos en vez de su venta a compañías extranjeras y la igualdad racial en la contratación de funcionarios públicos en el gobierno. Adicionalmente, el PIC, proclamó su oposición a la enmienda Platt —que le reservaba el derecho al gobierno de los Estados Unidos a intervenir en los asuntos internos de Cuba— y demandó la revisión de toda la legislación aprobada durante las ocupaciones norteamericanas anteriores (Helg 1995:146-148).

Al mismo tiempo que el PIC organizaba esta agenda política, no perdía de vista el peso de sus demandas “raciales” en la inhibición de manifestaciones públicas de apoyo a sus exigencias de cambio social. En el PIC, las explicaciones acerca de la veracidad de ese hecho frecuentemente residían en formas específicas de articular las memorias del pasado. En contra de las formas en que los políticos y los principales medios de difusión cubanos habían escogido recordar el pasado, el PIC rechazaba enfáticamente la imagen de armonía racial predominante en las representaciones de los participantes en las guerras de independencia. Esencialmente, los líderes del PIC rebatían toda interpretación de la historia cubana tendiente a silenciar los conflictos raciales o a oscurecer la explotación ejercida por los blancos sobre la población negra, especial-

mente bajo el régimen laboral de la esclavitud. El PIC denunció que los políticos blancos habían usado tales imágenes, especialmente en la era posrevolucionaria, para opacar los sacrificios desproporcionados de los veteranos negros en el pasado. De la misma forma, esas imágenes habían ocultado las desproporcionadas recompensas que habían recibido y al momento disfrutaban los veteranos blancos, especialmente los altos oficiales. Una vez el Estado implantó una campaña de hostigamiento legal contra el PIC, éste se diferenció aún más drásticamente de las formas en que los medios, los políticos y los intelectuales cubanos hablaban sobre el pasado. Los escritores de *Previsión* argumentaban que el silenciamiento de las diferencias de clase basadas en la cuestión racial era una forma pragmática de amnesia histórica.

Tal vez el mayor insulto para los veteranos de la guerra de 1895, ya favorecidos por las estructuras de poder del Estado posrevolucionario, era el rechazo a las imágenes dominantes de Martí y del general mulato Antonio Maceo, por parte de los líderes del PIC. Las visiones oficiales de la independencia cubana caracterizaban los logros de la revolución y la "cubanidad" como una identidad homogénea sin distinciones de "raza". Así, cuando Martí escribió en su ensayo "Mi raza"⁷ que ser cubano implicaba mucho más que ser simplemente blanco o negro, según los líderes del PIC, Martí no quiso decir que el Estado cubano debía negar las diferencias raciales. Muchos políticos del período creían que una república sin razas implicaba una sociedad pasiva, con un Estado "neutral" en materia de conflictos raciales o frente al racismo y los derechos civiles de la población negra. El PIC, por el contrario, sostenía que Martí había visto la reparación de las injusticias sufridas por los negros y otros grupos sociales en el pasado como el principal objetivo del Estado independiente cubano. Para Martí, Maceo y la mayoría de los veteranos negros, la promoción de la igualdad racial era el ideal más alto de la lucha revolucionaria. Al igual que muchos escritores anarquistas de la época, los líderes del PIC creían que la legitimidad de las demandas por igualdad racial de los negros no emanaba de inspiraciones meramente mundanas, ya que no sólo Maceo y Martí habían llamado a los negros a participar en igualdad de condiciones en la sociedad humana, sino que Cristo también había hecho esta convocatoria eminentemente revolucionaria.⁸

En resumen, como muchos otros activistas e intelectuales que intentaron desenmascarar la hipocresía histórica de las élites políti-

cas de la Cuba posrevolucionaria, el PIC emprendió una completa revisión de la memoria histórica de los cubanos, por medio de un cuestionamiento público del pasado. En este sentido, si los cubanos blancos estaban dispuestos a aceptar la legitimidad de la memoria histórica de la población negra y a enmendar las injusticias cometidas contra los sectores sociales marginales, las promesas hechas en la revolución de 1895 serían satisfechas y entonces la nación unificada de Martí se establecería realmente. Los líderes del PIC diferían radicalmente de las interpretaciones de los escritores y políticos contemporáneos en sus interpretaciones de Martí. Los primeros entendieron los contextos y objetivos históricos de los escritos y discursos de Martí, por lo que éstos eran y representaban, es decir, textos de propaganda confeccionados para convencer a los exiliados que los leían o escuchaban en la década de 1890, de que no había razón alguna para abrigar ningún miedo sobre la revolución —la cual en este período todavía experimentaba algunas dificultades. Hoy en día, insistía el PIC, el debate abierto sobre las diferencias tenía que reemplazar el silencio que las cubría, si es que iba a sellarse un nuevo pacto social, junto con la independencia y el establecimiento de una gran democracia nacional.⁹

Para un creciente número de aliados de las clases populares del PIC, el silenciamiento de los conflictos raciales y de clase en el pasado pudo haber sido una estrategia de Martí y otros líderes de la revolución en el transcurso de la guerra de independencia. Después de todo, la unidad y no la división de los cubanos había sido la principal meta en este período. Sin embargo, esta misma estrategia no podía funcionar de la misma manera en lo que se suponía serían tiempos de paz. Si durante el período revolucionario la élite blanca no admitía o discutía abiertamente las injusticias soportadas por las clases populares, esa misma élite —una vez en el poder— no tendría que reparar los efectos de tan desigual sistema social y menos aún prevenir su perpetuación en el futuro. Así, algunos líderes del PIC rechazaban abiertamente el argumento de Martí de que los negros cubanos debían estar “eternamente agradecidos” de los blancos por la abolición de la esclavitud. El PIC sostenía lo contrario, es decir, que la República, la élite blanca y unos cuantos líderes negros del Partido Liberal le debían más a los negros de lo que los negros le debían a ellos.

En un manifiesto titulado “Negros, ahora es tiempo”, Porfirio Morgado escribió que los blancos estarían dispuestos a “volver a

sacrificarse para lavar con su sangre esta ofensa, pero jamás para volver a servir como primer peldaño para aquellos blancos y negros, quienes ignoran los derechos del hombre negro en tanto hombre libre, y lo consideran incapaz de pensar y de amar el bien en tiempos de paz, así como el peligro en los de guerra". El manifiesto se refiere a los negros insertos en el sistema político dominante como "contramayorales". El contramayoral, en tiempos de la esclavitud, era el mulato o negro, la mayor parte del tiempo esclavo, que asistía o ayudaba al mayoral blanco en el mantenimiento del orden en la plantación, usualmente a través del uso del látigo.¹⁰

Sin el apoyo afrocubano, ni la República ni el poder adquirido por los caudillos ex-revolucionarios hubieran sido posibles. Entonces, ¿por qué los afrocubanos debían seguir sacrificando sus intereses a nombre de la unidad social de una nación construida según la voluntad de la élite blanca? Cuando Evaristo Estenoz y otros líderes del PIC hicieron un viaje de buena voluntad a varios poblados y ciudades desde La Habana hasta Matanzas y Cárdenas, un panfleto que invitaba a los cubanos a participar en las reuniones con estos líderes proclamaba: "Negros: tus derechos están siendo usurpados, ¡únetenos a la reconquista de ellos! ¡Larga vida al Partido Independiente de Color! ¡Larga vida al redentor de los negros, el General Evaristo Estenoz!"¹¹ Después de todo, según el PIC, los negros cubanos ya se habían sacrificado bastante. Ahora esa misma élite blanca quería que los negros continuaran sobrellevando su injusto destino y lo aceptaran pacientemente, a pesar de que la "nación cubana" no demandaba el mismo sacrificio de parte de los blancos. Tal actitud de los blancos en el poder constituía una hipocresía del Estado, que el PIC entendía como una "arbitrariedad moral" que los negros cubanos no estaban en condiciones de tolerar (véase Helg 1995; Portuondo Linares 1950:151-182).

Por su parte, los veteranos de guerra y los políticos blancos interpretaron el mensaje de Martí sobre una cubanidad sin reconocimiento de distinciones raciales como un mandato de la nueva República y no sólo de la revolución de 1895. Para ellos, la construcción de una nación armónica y un Estado políticamente estable dependía menos de la voluntad del Estado de garantizar un cambio social favorable para las clases populares y mucho más de la voluntad de éstas de cambiar por sí mismas. Es decir, la nueva élite política esperaba que las clases populares se ganaran el derecho a la igualdad política y el respeto social a partir de su convivencia

con los blancos. Durante la guerra de 1895, según la élite, las clases populares habían dado el primer paso hacia la igualdad mediante sus demostraciones de lealtad y valentía. Por tal mérito, los veteranos negros de la guerra ya habían sido recompensados mediante promociones completas para sus cuerpos de oficiales y pensiones para los soldados. Pero en una república independiente, comprometida con la construcción de su propia forma de modernidad, los méritos alcanzados en la guerra de independencia ya no eran suficientes. Sólo mediante la obediencia, la educación y la integración cultural, las clases populares podrían ganar igualdad respecto de sus superiores sociales y, entonces, acceso total al Estado. En este sentido, no es sorprendente que las críticas formuladas por el PIC constituyeran una traición a los ideales de la revolución de 1895 ante los ojos de la élite política dominante. Para ésta, el solo discutir los conflictos raciales representaba un debilitamiento del principio de unidad social atribuido a Martí. Desde su perspectiva, el silenciamiento de los debates en torno a la raza era sinónimo de tolerancia. La pasividad estatal en materia de injusticias raciales y sociales era la base de la estabilidad política en la naciente república (véase Ferrer 1998). La disidencia de los líderes del PIC no era otra cosa que una violación de la “nación racialmente homogénea” ideada por Martí y Maceo, según la élite de los veteranos de guerra, momentáneamente en el poder.

En 1909, lo que comenzó como una condena a la plataforma política formulada por el Partido Independiente de Color, categorizada como “racista”, se transformó en un ataque a los derechos legales del PIC de existir como colectividad política (Helg 1995:165-167). Con la sola oposición del anciano libertario de 82 años, Salvador Cisneros Betancourt, en enero de 1910, el Senado cubano aprobó el proyecto de ley conocido como “La Ley Morúa”, en honor al famoso mulato del Partido Liberal. En las últimas semanas de vida del senador Martín Morúa Delgado, los líderes del Partido Liberal lo convencieron de que patrocinara una enmienda a la constitución que condenaba la organización de cualquier partido político basado en demandas raciales, como racista, antipatriota e inconstitucional. Los partidarios de esta enmienda olvidaron que el PIC contaba entre sus adherentes con personas de raza blanca y rechazaba cualquier exclusión racial. (Para mayor evidencia sobre la participación de blancos en el PIC, véase Helg 1995:157, 180-81, 209, 303).

Paradójicamente, Cisneros Betancourt usó el mismo argumento para rechazar el proyecto de ley que los críticos del PIC habían usado para denunciar sus actividades: destacó que las diferencias raciales siempre habían sido un tema tabú durante las revoluciones de independencia y, además, acusó a otros miembros del Congreso de haber explotado temas raciales con fines políticos. Más claramente, el conservador Cristóbal de Laguardia advirtió que cualquier restricción en el espacio público para que el PIC pudiera operar libremente impulsaría naturalmente a este partido a forzar un cambio social por la vía armada (Helg 1995:165-167). Al parecer, la posición política dominante no se basaba en el aprendizaje de las memorias del pasado, sino en el objetivo inmediato de consolidar el poder establecido y en el entendido de que la revolución le había otorgado a sus principales líderes el derecho exclusivo a tal poder. Al final, los argumentos ideológicos y pragmáticos de Cisneros Betancourt y Laguardia cayeron en oídos sordos. El presidente Gómez rápidamente firmó la promulgación de la Ley Morúa el 24 de febrero de 1910, en el aniversario del llamado de José Martí a la independencia, conocido como el Grito de Baire.

Posteriormente, los líderes de ambos partidos presionaron a la administración de Gómez para que suprimiera al PIC sobre la base de argumentos constitucionales, para prevenir una nueva intervención de los Estados Unidos en Cuba. En respuesta, el PIC buscó activamente apoyo para defender su derecho legal a existir a través de vías internas y externas. En febrero de 1910, el general Pedro Ivonnet, un veterano de la guerra de 1895 y ex-guardia rural, escribió al presidente Gómez, implorándole que no creyera que los adherentes del PIC en Oriente le causarían daño alguno a su presidencia: "Todos sabemos que usted es el General Gómez, que comió el boniato con nosotros, y usted no tiene que temer a los mambises orientales. Ellos son los compañeros del Presidente de la República de Cuba".¹² Al darse cuenta de que apelar a vínculos personales con el Presidente no había disminuido las persecuciones emprendidas por el Estado liberal, los líderes del PIC intentaron presionar a la administración de Gómez, recurriendo a la capitulación ante el patrocinio de los ideales democráticos de los Estados Unidos y el fin práctico de la paz social en la isla. En abril de 1910, el PIC envió a su presidente y fundador Evaristo Estenoz a recordarle al Ministro de Asuntos Exteriores norteamericano en La Habana, que su partido había sido reconocido por la anterior administración

*Las memorias disputadas acerca del
significado de la lucha por la
independencia, así como una larga y
contenida paranoia racista, incitaron en
gran medida las reacciones de los
cubanos blancos en contra de los negros.*

intervencionista. Mientras tanto, la dirección del PIC en Cienfuegos le escribió directamente al Presidente de los Estados Unidos (Helg 1995:169-170). Pero los esfuerzos del PIC por usar los intereses imperialistas norteamericanos se volvieron en su contra. Finalmente se impuso el argumento de que el PIC estaba provocando demasiada tensión racial para asegurar el éxito de la intervención estadounidense.

Comenzando con arrestos masivos de los afiliados al partido y prolongados encarcelamientos para los líderes en 1910, la administración de Gómez restringió la capacidad del PIC para organizarse políticamente y redujo su legitimidad ante los ojos de la opinión pública. Sin embargo, el gobierno de Gómez no logró neutralizar totalmente al PIC. El mensaje que éste formulaba en términos de una reivindicación de las promesas de cambios sociales radicales durante la revolución aún concitaba considerable interés y apoyo. En las elecciones del otoño de 1910, diez mil cubanos votaron por el PIC, a pesar de las dificultades que éste tuvo para realizar libremente su campaña (véase Helg 1995:167-168; 172-186).

El PIC encontró su camino hacia la participación política y la formulación de discursos públicos fuertemente erosionado por profundos temores raciales. Alimentados por rumores, artículos de prensa sensacionalistas y una cuidadosa estrategia política, estos miedos alcanzaron niveles que rozaron la paranoia, impidiendo cualquier discusión sobre la legitimidad de las demandas sociales formuladas por el PIC. Los llamados del PIC a establecer una verdadera república revolucionaria fueron interpretados por la élite blanca, que supuestamente había fracasado en este intento, como una amenaza a la estabilidad política del Estado o, peor aún, como el llamado al establecimiento de otra república negra a la manera de Haití.

(Para una fascinante discusión acerca del espectro de Haití en los medios de prensa cubanos y el discurso político de la época, véase Helg 1995:78-82; 86-89; 121-123; 163-165; 174.) Irónicamente, los nuevos republicanos cubanos usaron el mismo argumento que los españoles como último recurso para contener la guerra iniciada en 1895. Este mismo discurso fue el arma ideológica escogida por muchos antiguos revolucionarios cubanos que atacaron al PIC.

Las memorias disputadas acerca del significado de la lucha por la independencia, así como una larga y contenida paranoia racista, incitaron en gran medida las reacciones de los cubanos blancos en contra de los negros. Tal vez la mejor evidencia de ello fue ofrecida en un testimonio presentado ante una corte de justicia por un ex-jefe de la policía, Magín Torres, quien repitió una amenaza que los partidarios del PIC supuestamente habían difundido en el pueblo de Rancuelo. Si los negros no obtenían reconocimiento de sus derechos por medios pacíficos —según Torres—, los negros “irían al Palacio, tomarían al presidente y lo colgarían de la estatua de Martí”. (Véase el testimonio de Magín Torres dado el 17 de noviembre de 1910, “Cuarta sesión del juicio oral”, citado en Portuondo Linares 1950:141.) El que este testimonio haya sido interpretado por los cubanos blancos como una justificación revela, por un lado, la extensión de sus temores raciales, y por el otro, cuán distintamente interpretaban la figura de Martí como símbolo de la nación. A través del tiempo, para la élite cubana blanca y especialmente para liberales blancos como José Miguel Gómez, la necesidad de silenciar las dimensiones raciales de la “nación” revolucionaria, que el PIC asumió y muchos nacionalistas de las clases populares apoyaron crecientemente, vedó cualquier discusión relacionada con políticas transformadoras, no sólo las relacionadas con problemas raciales. Por medio de este voto de silencio, común a las visiones de nación tanto de liberales como de conservadores, ambos sectores políticos cerraron filas en contra de las negociaciones a cualquier nivel con el PIC. De manera predecible, los resultados para el PIC (y para los prospectos de hegemonía estatal a largo plazo) fueron desastrosos.

Sin embargo, la adherencia de estos políticos a la idea de la cubanidad sin razas, por sí sola, no explica la profundidad de la represión que más tarde se desencadenó en contra del PIC, ni la racionalidad racista empleada. Los conflictos en torno a las memorias de la revolución y sus implicaciones para el significado y di-

rección de la idea de “nación” en la república no emergieron simplemente debido al PIC. Más bien, estos conflictos surgieron en un contexto particularmente tenso debido a las actividades de un movimiento paralelo de veteranos entre los años 1910-1911.

En la prensa y en las calles, una coalición de distintas asociaciones de veteranos organizó una campaña con el fin de presionar a la administración de Gómez para que defendiera el carácter sagrado de los derechos de los veteranos ante el Estado. En la presentación de su caso, esta campaña formuló ideas xenofóbicas acerca de la ola de inmigrantes españoles que continuaba llegando a la isla y las tibias simpatías de la administración de Gómez hacia cambios sociales profundos. El brote de sentimientos xenofóbicos como parte del resentimiento de muchos cubanos de las clases populares y nacionalistas revolucionarios es innegable. Una de las más vociferantes condenas a la inmigración española apareció poco antes de la inauguración de la República Restaurada en el otoño de 1908. Firmado por “Los Nacionalistas, o mejor dicho millares de cubanos firman esta manifestación, sin distingos de partidos ni colores”, el manifiesto empieza:

Los mismos que ayer nos insultaban por calles, cafés y plazas, protegidos por las bayonetas de Weyler, son los mismos que hoy, en contubernio vergonzoso con los ex-autonomistas, pretenden acaparar todos los destinos públicos de la República que tan y tan encarnizadamente combatieron. Una turba de hambrientos y desnudos vienen a nuestras playas con el nombre de inmigrantes. Entre estos parias —sin patria y sin hogar— vienen mezclados infinidad de artesanos y sirvientes que vienen a arrebatarse el sustento a obreras y obreros cubanos [...] Y después de explorar el país, el paisaje y al paisanaje, retornan a sus tierras diciendo que somos cafres e indios convulsivos. Las intenciones de reconquista de estos malvados son bien conocidas y recomendamos a las Autoridades americanas de hoy y a las cubanas de mañana, que vigilen y expulsen del país a esa cáfila de ingratos y vagos, que ninguna utilidad reportan a la República cubana [...] ¹³

Dos años después, Gómez había logrado poco más que expandir la burocracia estatal, incrementar el presupuesto nacional y mantener las obras públicas como la piedra de apoyo de su administración “populista”. Más que una respuesta paralela a los fracasos del Estado liberal, el movimiento veteraniasta representaba una

arena alternativa de lucha a la emprendida por la campaña del PIC —una arena en que las memorias divergentes de la guerra y las imágenes disputadas de Martí fueron temas predominantes.

Específicamente, el movimiento demandaba que el gobierno de Cuba prohibiera a cualquier residente español o cubano, que hubiera tomado las armas contra los rebeldes durante las revoluciones por la independencia, desempeñar cargos públicos oficiales en el ámbito nacional o local. Rememorando los rótulos dados a los incondicionales de España durante la guerra de 1895, los veteranistas requerían que los “guerrilleros” españoles y los “traidores” cubanos fueran removidos por la fuerza de cualquier puesto de servicio público que detentaran al momento. Un manifiesto sentenciaba que, en 1902, los cubanos se habían reunido voluntariamente bajo el lema de una “república para todos y por el bien de todos”, enarbolado por Martí. En esa ocasión, los cubanos también habían cerrado sus ojos a los males cometidos por los enemigos de la revolución, que repentinamente se habían convertido en sus conciudadanos. Desde entonces —acusaban los veteranistas— “esos demonios cubanos que levantaron sus manos en contra de Cuba, no satisfechos con el perdón a sus crímenes, se han dedicado a través de diversos medios, a reconquistar en la República una predominancia que, si es posible, debería hacer a los cubanos bajar la cabeza de vergüenza [...]”. El manifiesto continuaba:

Unidos los cubanos bajo el lema de la República CON TODOS Y PARA EL BIEN DE TODOS, comenzaron la vida dignificada de un pueblo libre [...] El cubano, ante el enemigo vencido, borró la sombra del opresor y ante el propio compatriota que le asesinara en la emboscada, cerró los ojos, y brindó a todos por igual, con piadosa mano, cuanto poseía: la tierra que había redimido y las libertades que había conquistado [...] Pero aquellos malos cubanos que alzaron sus manos contra Cuba, no ya conformes con el perdón de sus crímenes, se dedicaron, con diversas intrigas, a reconquistar en la República un predominio que, de subsistir, haría al pueblo cubano bajar humillada la frente, encendida por el rubor y la vergüenza. Alejándose casi siempre de los pueblos que fueron testigos de sus maldades, alistándose sigilosamente bajo los banderines de los partidos políticos y contaminando todo cuanto tocaran, han ido escalando aquellos puestos que debieron reservarse a los cubanos que carecen de manchas en su vida, a extremo tal que algunas localidades sufren la desdicha de te-

ner como representantes de la autoridad, a guerrilleros viles que en los aciagos días de la guerra gozaban en arrastrar por las calles, frente a las familias cubanas enloquecidas, los cadáveres ensangrentados de los mártires de Cuba.

El manifiesto fue firmado por una mayoría de liberales radicales, incluyendo al General Enrique Loynaz del Castillo, General Silverio Sánchez Figueras, Manuel Sanguily y otros veteranos no tan radicales como José Martí Zayas Bazán, Emilio Núñez y Cosme de la Torriente.¹⁴

El discurso de los veteranistas implicaba que los españoles y sus aliados no revolucionarios eran los culpables de los males políticos de Cuba; era a ellos a quienes los descorazonados, amargados y desempleados veteranos debían apuntar en justo enojo y resentimiento. Por eso, al mismo tiempo que el Estado liberal deliberadamente se identificó con los caudillos militares y las revoluciones del pasado, los líderes veteranistas (muchos de ellos liberales o agentes del Estado) lucharon por neutralizar la discusión en torno a elementos clave de la identidad cubana, que dividían políticamente a los ciudadanos y amenazaban la estabilidad de la República. Estos temas conflictivos se referían a las diferencias de raza y clase. Al atacar a oficiales españoles como principal foco de corrupción y estancamiento, en vez de la acción de antiguos revolucionarios convertidos en políticos, los líderes veteranistas no sólo intentaron proteger la santidad de las memorias del pasado, sino también su legitimidad como guardianes de éstas. El que algunos españoles participaran en el servicio civil desde el establecimiento de la República era una realidad innegable, que no contradice el argumento de que los veteranos usaron la presencia de españoles en el gobierno para demostrar descontento público y culpar por las injusticias sociales a miembros de su mismo rango.

Apoyado por una coalición multipartidista de oficiales del Consejo Nacional de Veteranos y por miles de ex-soldados, el movimiento veteranista legitimó muchas de las quejas del PIC por la falta de progreso social en la República y la ausencia de un trato preferencial o protección de las clases populares cubanas, que habían dado el máximo en la guerra, por parte del Estado. Sin embargo, los veteranistas formularon todas estas críticas sin mencionar los problemas raciales, obviando la discriminación contra los negros por los blancos e incluso los prejuicios de las élites respecto de las clases populares. Al contrario, los veteranistas recordaban a

los cubanos que el enemigo original había sido el colonialismo español. De esta manera, desviaron la responsabilidad de la continuidad de los legados sociales y políticos del colonialismo de entre las filas de los antiguos caudillos revolucionarios, ahora hombres de Estado, para depositarla en los hombros de aquellos que personificaban el pasado español —los antiguos incondicionales españoles.

Muchos líderes veteranistas se sintieron incomodados y enojados por las estridentes críticas del PIC a las condiciones sociales del presente en función del pasado. Las publicaciones oficiales de los veteranos eran claras en su rechazo a las críticas que Estenoz y sus seguidores formulaban contra el pasado revolucionario y el presente político. En un artículo cuyo título recordaba el famoso ensayo de Martí, “Mi raza” — “Ni blancos, ni negros: sólo cubanos”—, la asociación nacional de veteranos planteaba: “malditos sean los que desgarran el alma de la Patria, convirtiendo en enemigos a los que deben vivir como hermanos en el hogar levantado por la revolución [...]”.¹⁵ Más aún, al igual que el PIC, los líderes veteranistas se apropiaron de la imagen de héroes revolucionarios para establecer las diferencias entre las naciones imaginadas por las promesas de la revolución y las fragmentadas y dependientes que había creado la República. Pero a diferencia del PIC, los veteranos trivializaron en su discurso aquellos intereses, experiencias e identidades que pudieran ser conflictivos, de la misma manera que Martí lo había hecho. Sin embargo, los veteranistas no se dieron cuenta de que no podían alcanzar el mismo fin que Martí: la unidad social forjada en función de la fe en el futuro.¹⁶ Al culpar a los españoles en el presente, los líderes veteranos esperaban evitar que otros los atacaran en el pasado reciente y remoto. Reacios a admitir discursivamente las inevitables divisiones raciales y de clase entre los cubanos, los veteranistas no pudieron aceptar que los continuos fracasos de la República no estaban relacionados con la incorporación de los antiguos enemigos de la independencia en el Estado, sino más bien con la marginación política e ideológica de quienes deberían haber sido sus más preciados y privilegiados constituyentes. Esta base constituyente eran las clases populares, mayormente compuesta por revolucionarios afrocubanos, sin cuyos sacrificios no habría sido posible la existencia del Estado.

El movimiento veteranista reflejaba y personificaba inevitablemente las divisiones sociales y los conflictos de intereses que el PIC había destacado y que los veteranistas trataban de negar. Al

rechazar la formación de un partido de veteranos con una plataforma política pro-veteranista como una medida demasiado política (y, a la luz de su condena al PIC, como hipócrita),¹⁷ los líderes veteranos ejercieron presión directa sobre la administración de Gómez y el Congreso cubano desde distintos flancos partidarios. Esencialmente, los veteranos esperaban presionar a ambos poderes del Estado, para lograr la aprobación de una legislación que restringiera los cargos públicos a candidatos que hubieran favorecido la independencia cubana en el pasado. En los primeros días de noviembre de 1911, cuando miles de veteranos se reunieron en La Habana, líderes veteranistas pertenecientes a la élite social cubana, como Manuel Sanguily, Secretario de Estado de Gómez, y el Senador Salvador Cisneros Betancourt, Presidente del Consejo Nacional de Veteranos, se volvieron en contra de sus compañeros de las clases populares, que dominaban el Consejo. Aunque Sanguily y Cisneros Betancourt habían apoyado el movimiento en un comienzo,¹⁸ ahora abandonaban a sus ex-compañeros de armas. Al darse cuenta de que las necesidades y frustraciones de los ex-mambises habían redefinido las metas del movimiento, los dos líderes se desasociaron de las tácticas callejeras y el discurso de resistencia política.

El 14 de noviembre de 1911, miles de veteranos, representando las cinco provincias, tomaron las calles de La Habana, vociferando colectivamente su rechazo a la nueva y antigua aristocracia cubana, así como su frustración por el estancamiento político de la República. Como grupo, los veteranos fueron impermeables a las arengas de Manuel Sanguily sobre “la necesidad de un procedimiento ordenado” y los horrores que pintaba “en colores fulgurantes” sobre “una posible guerra civil o una nueva intervención norteamericana”. En vez de capitular, los veteranos le dieron un ultimátum a la administración liberal. A menos que todos los “guerrilleros” fueran destituidos de sus cargos, los veteranos “tomarían la ley por sus manos”. En respuesta, el Presidente Gómez desistió de su rechazo original a las demandas de los veteranistas y nombró un comité de arbitraje. Pero en virtud de la composición política y el método de designación de dicho comité, los veteranos no quisieron participar.¹⁹

Poco después, la desertión de líderes radicales sumamente influyentes como Cisneros Betancourt del sector de veteranistas de las clases populares arruinó las expectativas políticas en torno a la acción legislativa en el Congreso. Aunque nunca reveló sus sentimientos al público, Cisneros Betancourt montó en cólera a raíz de

la actitud desafiante de los veteranos. En un manifiesto inédito, Cisneros Betancourt llegó a compararlos con las sangrientas milicias proespañolas de voluntarios negros que habían asaltado al Palacio de Aldama en 1868 en protesta por el apoyo de su dueño a la independencia cubana.²⁰ Sólo es posible imaginar la reacción que habrían tenido los veteranos negros frente a tal comparación si el manifiesto se hubiera publicado: después de todo el liderazgo revolucionario de la generación de Cisneros Betancourt había contrastado por esos días a los virtuosos mambises negros con los voluntarios negros proespañoles, describiendo a estos últimos como salvajes autómatas coloniales. Esa imagen articulada por frustrados y enojados veteranos de la guerra de 1895 pudo haber torcido la memoria de un antiguo defensor de los derechos civiles y democráticos, al demostrar cuánto se habían distanciado incluso los revolucionarios más radicales de la élite blanca respecto de sus ex-comaradas más pobres y de piel más oscura. Al final, la desaprobación norteamericana de la situación local empujó a los veteranos a ceder ante las demandas de la administración de Gómez. No se introdujo ningún cambio en la ley de servicio civil y los antiguos incondicionales españoles y enemigos de la independencia cubana permanecieron en sus puestos.²¹

Aunque no está del todo claro cuán amplia o rigurosamente los veteranos de las clases populares definieron la identidad del movimiento de los “enemigos”, la campaña veteranista dio voz al mismo tipo de frustración expresada por los líderes del PIC y sus seguidores. Este último partido no sólo cuestionó la honestidad de los líderes de la élite blanca, al dirigir el país a beneficio de todos los cubanos en el presente; el PIC, además, debatió la falta de honestidad de los blancos en el pasado. En el proceso, el PIC cuestionó la más sagrada verdad de todas las memorias colectivas —la “desinteresada” unidad entre blancos y negros en pos del fin común de la liberación mutua. En este sentido, el desafío del PIC al Estado y al *establishment* político cubano no sólo despertó temores raciales, como han señalado otros estudios, sino también un profundo terror colectivo ante la posibilidad de que colapsara la autenticidad histórica de las élites políticas y sociales cubanas. No sorprende, entonces, el temor de los líderes veteranos de que en las mentes de un creciente número de simpatizantes de las clases populares, incluyendo a muchos ex-compañeros de armas, la que antiguamente había sido la verdad fundamental de la república —que

la Revolución de 1895 fue una cruzada sagrada por el bien de todos los cubanos— repentinamente se transformara en una mentira. Si las clases populares llegaran a tal conclusión, ¿cuál sería el destino de la República? A fin de evitar completamente la formulación pública de esta pregunta, los líderes de los veteranos trataron de encausar el enojo de sus compañeros de las clases populares, quienes a diferencia de sus líderes tenían poco o nada que mostrar como ganancia en tiempos de paz por los sacrificios hechos durante la guerra. En este sentido, los veteranos reprimieron al PIC por organizar una campaña política en un lenguaje centrado en los conflictos raciales de la cubanidad. Ahora, los políticos liberales de la administración de Gómez rechazaban cualquier debate sobre los significados del pasado entre los veteranos, a nombre de una construcción presente de una cubanidad sin distinciones raciales ni de clase.

En ambos casos, las élites políticas cubanas reprimieron los debates sobre el pasado, acusando al PIC y a los veteranistas de hacer peligrar a la República y exponerla a la amenaza de una intervención norteamericana. Dada la extensa hostilidad estatal hacia las organizaciones populares de cualquier tipo, no es sorprendente que en el verano de 1912 el PIC hubiera cambiado las tácticas persuasivas, en una arena política cada vez más cerrada, por una revolución. Bajo la convicción de que ninguna de sus ideas de “nación” podría sobrevivir un ataque frontal tan directo, los líderes políticos de los partidos Liberal y Conservador respondieron unidos. En el proceso, las visiones de “nación” y de Martí en permanente conflicto se confrontarían unas con otras, mientras las élites políticas luchaban por aplastar la visión alternativa de “nación” representada por el PIC, así como la validez de cualquier inclusión de las clases populares en el Estado demandada por este movimiento.

Reinterpretar el pasado y corregir el presente: los Martí de mármol luego de la represión estatal, 1912-1913

Al cerrarse las vías pacíficas de interpelación al Estado, Evaristo Estenoz (llamado por sus seguidores “el redentor de los negros”)²² y Pedro Ivonnet, ambos antiguos oficiales de la guerra de 1895, se levantaron junto a cientos de adherentes en contra del Estado nacional cubano. Rememorando acciones revolucionarias del pasado, el PIC reunió a los contingentes rebeldes en el lugar de

origen de las tres guerras de independencia: las montañas de la provincia de Oriente. Además de este hecho simbólico, el levantamiento coincidió con el décimo aniversario de la independencia cubana, el 20 de mayo de 1912.

El Estado liberal reaccionó desatando una ola represiva contra los rebeldes negros, que implicó acciones armadas y otras formas de amedrentar a los partidarios —reales o imaginarios— del PIC en los poblados y campos del país. Un testigo presencial, un intelectual mulato, resumió los eventos de esta manera:

ni el rencor, ni el odio y los prejuicios ancestrales fueron dejados fuera. Mientras las armas de fuego de las tropas del gobierno se movilizaban, miles de hombres de color, tanto en armas como los pacíficos habitantes de las villas y campos en la provincia cubana de Oriente, en las ciudades e incluso en la capital de la República eran retirados de las calles y de los lugares públicos bajo pena de muerte, por hombres blancos armados hasta los dientes. Sólo el color de la piel de un hombre era razón suficiente para enviar un hombre a prisión bajo el cargo de rebelión (Ruiz Suárez 1922:42-43).

Para principios de agosto de 1912, la mayoría de los rebeldes y simpatizantes habían sido apresados o ejecutados. Las acciones conjuntas de las fuerzas armadas cubanas, las milicias voluntarias y algunos ciudadanos habían matado a alrededor de 5,000 ó 6,000 negros, la mayor parte de ellos civiles inocentes. Contradiciendo su propia propaganda sobre las atrocidades cometidas por los rebeldes negros contra ciudadanos blancos, el ejército cubano informó que el número de sus bajas durante la "guerra de razas" de 1912 fue de sólo 16 muertos, de los cuales 8 eran soldados afrocubanos asesinados por sus propios camaradas blancos, luego de que fueran acusados de conspiración con las fuerzas revolucionarias (Helg 1995:194-196; 200-201; 224-225).

Evaristo Estenoz murió en el atardecer del 27 de junio de 1912,²³ herido en la cabeza de una bala disparada desde atrás, durante un combate en el que fueron masacrados 150 negros. Muerto instantáneamente, su cuerpo fue transportado a Santiago para ser exhibido públicamente.²⁴ El cadáver de Estenoz fue fotografiado con el jefe del ejército cubano, José de Jesús Monteagudo y el único hijo de José Martí, el Coronel José Martí y Zayas Bazán, de pie detrás de las dos principales figuras del retrato. Las reproducciones de esta fotografía se vendieron como *souvenirs*.²⁵

Inmediatamente después, la emergente industria cinematográfica cubana produjo una película de propaganda distribuida por el gobierno, en la que se mostraban escenas que representaban a los rebeldes capturados. El filme “Salida de tropas para Santiago de Cuba durante la Guerra Racista o la Campaña”, dirigido por Enrique Díaz Quezada, no sobrevivió en los archivos de filmes cubanos en el ICAIC. Raúl Rodríguez, ahora fallecido, lo cita en *El cine silente en Cuba* (1992:158). Basada en los recuerdos de los campos de concentración españoles de la guerra de 1895 como una forma de legitimar la represión desplegada en 1912, la película mostraba imágenes de los “reconcentrados” supuestamente expulsados de sus hogares en el campo por los rebeldes negros y no por las fuerzas militares del gobierno. Lo más probable es que haya sido todo lo contrario.

Tradicionalmente, los historiadores se han basado exclusivamente en los análisis de conflictos de intereses raciales y de clase para explicar estos eventos. Basando su argumento en lo que ella llama “el mito de la igualdad de razas en Cuba”, en vez de un análisis de la lucha por definir la nación, Aline Helg (1995) acentúa el papel del racismo como principal factor de la historia del período de 1895 a 1912. Contrariamente, Louis Pérez (1986) proporciona un análisis marxista basado en los conflictos de clases y la resistencia al imperialismo norteamericano en Oriente, para explicar el gran apoyo popular recibido por el PIC en su llamado al cambio social y más tarde a la revuelta armada. A pesar de que las contribuciones de cada uno de estos autores son muy valiosas, mi interpretación difiere sustancialmente de ellas. Pienso que fueron la conciencia nacionalista y el constante deseo de realizar la idea de “nación” por la que habían luchado especialmente los veteranos de guerra negros, los factores que motivaron la amplia adherencia a la movilización iniciada por el PIC (véase también Scott 1998).

Se puede argumentar que este tipo de conflictos tiene lugar en un contexto definido por las necesidades históricas del momento: es decir, el imperativo de construir una “nación”. Los cubanos no estuvieron dispuestos a admitir durante las guerras de independencia y se vieron obligados a confrontar en los primeros años de la república que la nación por la que habían luchado no era un proyecto unificado, sino una multiplicidad de proyectos. Cada uno de éstos representaba la interpretación específica de un determinado sector político respecto de cómo los conflictos sociales afectaban a la sociedad cubana y de qué manera éstos debían o no determinar

políticas estatales. En situaciones como la de 1912, el uso de "nación" como categoría de análisis permite entender cómo las acciones emprendidas por actores históricos y sociales implicaron no sólo conflictos de raza y de clase, sino también nociones de modernidad y temor por una intervención de los Estados Unidos en Cuba. La investigación que guía este análisis revela contundente evidencia sobre el papel de las memorias históricas contrapuestas conflictivamente en la formulación de las estrategias de acción de los protagonistas de 1912 y períodos posteriores. La mayoría de esta documentación tiene que ver con las formas en que oficiales locales y nacionales interpretaron el "estado de urgencia" y las políticas de represión legalizada y violenta implantadas por el Estado liberal. (Para una discusión de estos hechos centrada en el concepto de "nación", véase Guerra, en proceso).

Luego del baño de sangre y los arrestos masivos de los rebeldes negros en el verano de 1912, cientos de prisioneros y sus esposas escribieron cartas de petición al presidente José Miguel Gómez, rogándole establecer una amnistía general. En una de estas misivas, Rafael Suri Guerra se apropió de la figura de Martí para reclamar su inocencia y encontrar un lugar para él, desde una hacinada celda de la cárcel, en la fingida nación sin divisiones raciales impuesta por Gómez.²⁶ Reveladoramente, sus palabras no implicaban el reconocimiento de la legitimidad de esta versión de la "nación", sino más bien el triste reconocimiento de la derrota de su proyecto nacionalista y democrático ante la irrestricta violencia que el Estado fomentó para reforzar sus códigos de silenciamiento de los discursos de "raza". Al mismo tiempo que le recordaba a Gómez el gran papel de los negros en la "gloriosa revolución de 1895", Suri Guerra pedía la amnistía para los negros como él, porque "todos somos *súbditos* de la República". El que un veterano usara el lenguaje de la colonia ("súbdito" en vez de "ciudadano") para describir su condición frente al Estado es sorprendente: durante las tres guerras por la independencia se sustituyó el título de "ciudadano" por los apodos despectivos de "negro" o "pardo" para referirse a todos los miembros del ejército rebelde, sin consideración de rango. Efectivamente, su carta expresaba que, en una "nación" como la ofrecida por Gómez y los liberales, él no era y no podía ser un ciudadano. En tal "nación", señalaba, él sólo podía ser un "súbdito", al igual que todos los cubanos que una vez estuvieron bajo la tiránica colonia española.²⁷

Pero ni aun las peticiones en tal sentido por el hermano del senador negro responsable por la aprobación de la Ley Morúa de 1910 pudieron suavizar la postura del presidente Gómez.²⁸ La amnistía general no provino ni de la administración liberal ni de la siguiente presidencia del conservador Mario García Menocal. No fue sino hasta 1915 que el Congreso cubano desestimó el veto del presidente García Menocal y dejó libres a miles de prisioneros negros, encarcelados sin cargo alguno y en algunos casos sin siquiera haber sido juzgados ante un tribunal competente (Helg 1995:240).

La administración de Gómez auguró el fin de la guerra de razas de 1912, no con gestos de compasión hacia los vencidos, sino con muestras de autocomplacencia y felicitaciones. Sólo unos días después de la muerte de Estenoz, el gobierno ofreció un gran banquete en honor a las “heroicas” fuerzas armadas que habían arriesgado sus vidas por el bien de la “nación”. Acompañados por un repertorio musical que incluyó la nueva marcha militar “General Montea-gudo” y otras favoritas como “Paz Universal”, el general Montea-gudo en persona y José Martí y Zayas Bazán reunieron al cuerpo de oficiales la noche del 27 de julio de 1912, para una suntuosa cena al aire libre. El menú representaba lo mejor que la sociedad cubana podía ofrecer a sus héroes de guerra: puerco asado, jamón, arroz con pollo, vinos, postres y cigarros. Entre los militares no activos se contaban prominentes veteranos liberales y conservadores, así como los dirigentes de la administración de Gómez en su totalidad. Los únicos afrocubanos presentes eran el general Jesús Rabí, un veterano de las tres guerras de independencia, y el coronel Nicolás Guillén —irónicamente, el padre del poeta que más tarde se haría famoso por su celebración de la cultura negra cubana. A pesar de su vociferada adhesión al gobierno, Juan Gualberto Gómez estuvo ausente de la ceremonia. Aunque él no era pariente consanguíneo de Estenoz, los nexos familiares de su esposa debieron haberlo mantenido alejado de este acto. (Para una casi completa lista de los asistentes y de los hechos que ocurrieron en el evento, véase Conte y Capmany 1912:173-193.)

Más importante que el carácter bipartito de la celebración o su naturaleza fastuosa era que tuviera lugar alrededor de la estatua de Martí en el Parque Central de La Habana. Como demuestran las representaciones gráficas del evento, la figura de Martí estaba en el epicentro de las mesas de ocho pies de largo, que formaban una estrella a partir del pedestal del monumento.²⁹ Para comenzar la

ceremonia, el orador principal, Mario García Kohly, pidió a los invitados ponerse de pie para hacer "un voto sincero y profundo que nazca del corazón ante esa estatua del excelso [señalando la estatua de Martí] que es el emblema del ideal cubano, que ésta sea la primera y última fiesta con que se nos festeje, y porque jamás en Cuba se derrame la sangre cubana". Un gran aplauso siguió a esta intervención (véase Conte y Capmany 1912:178). Por el momento al menos, parecía que el velo de la cubanidad racialmente homogénea, que el PIC había levantado de la faz de José Martí, se había impuesto una vez más, silenciando los debates sobre raza y oscureciendo las posibilidades de una política estatal de igualdad racial. Temporalmente, las élites nacionalistas pudieron poner sus diferencias partidarias a un lado para celebrar sus visiones conjuntas de una nación sin colores ni razas. Adecuadamente, celebraron este acontecimiento ante los pies del monumento a José Martí, quien creían había fundado su imagen de la "nación", suprimiendo cualquier conciencia racial o memoria histórica que amenazara el poder y autoconcepto supremacista del blanco.

A través de esta conmemoración de Martí, los principales responsables de la inexcusable masacre de miles de cubanos negros desarmados se declaraban los legítimos herederos del legado de Martí y los genuinos representantes de los ideales de la Revolución de 1895. Esta élite blanca justificó los orígenes de su liderazgo mediante una reconstrucción de la memoria histórica de la lucha por la independencia, enajenando toda contradicción dolorosa del presente de las nostálgicas representaciones de un pasado glorificado. Su propósito era fomentar una imagen de unidad social bajo su liderato político y su visión de la "nación" a través de la apropiación de Martí. Al silenciar las interpretaciones alternativas del PIC, los dirigentes políticos simultáneamente silenciaron las incómodas críticas relacionadas con el papel perjudicial del racismo en la política estatal y el orden social cubano. Al recurrir a la imagen de un silencioso y petrificado Martí en el recuento final del proceso represivo que habían llevado a cabo, los vencedores en la guerra de razas convirtieron al célebre héroe nacional en un prisionero de su trono de mármol. Hicieron al monumento de Martí hablar por ellos, justificando sus acciones presentes a través del voto solemne que deliberadamente hicieron ante su presencia simbólica.

Sin embargo, no todos los cubanos aceptaron el mandato de silencio impuesto por las élites políticas en materia de conflictos

raciales. En vez de darle credibilidad a los símbolos de la visión de nación que proclamaban los políticos, algunos negros cubanos abandonaron las referencias discursivas a Martí, al mismo tiempo que buscaron mayor fuerza en expresiones de devoción a Maceo. Así, estos cubanos desarticulaban completamente su versión de la “nación” de los proyectos asumidos por la élite política. Una minoría de los cubanos percibió estos proyectos de nación como caminos sin salida ideológicos y se desvinculó del sistema republicano dominante, en busca de nuevas vías de lucha nacionalista. El centro espiritista de San Antonio de los Baños, en Pinar del Río, es un ejemplo de la emergencia de este tipo de conciencia nacional. De acuerdo con los creyentes del centro, “Este noz [había sido] guiado por el espíritu del General Antonio Maceo y esta república debía ser para los negros, siendo Estenoz e Yvonet los instrumentos por medio de los cuales ésta se haría realidad”.³⁰ Expresando sentimientos similares, Seberiano Solíz, un “guajiro” de Manicaragua, un pueblo en la provincia de La Habana, escribió unas décimas en un español gramaticalmente poco sofisticado, pero líricamente bello:

Cuba yo te liberé y mi sangre [h]e derramado
 Sé mé dá poco cuidado
 el baté [y] esperaba otra vez. Sabes la razón
 Cuál es porqué siento el estropeo
 Los negros con gran deceo
 Pelearon mucho en el campo
 ahora quieres a los blancos
 y aborreces a Maceo.

Bueno es que el león ispano
 Buelba al Paíz otra vez
 Porque en Cuba no se bé
 Unión dentro los cubanos
 Yo como soy beterano
 esta inspiración me tomo
 ellos la Puerta y yo el lomo
 Alcanzarón del tesoro
 Los blancos la estrella de oro
 Los negros estrella de plomo [...] ³¹

Al elegir la figura de Maceo sobre el panteón de mártires de la guerra, que encabezaba Martí, estos nacionalistas de las clases populares expresaron no sólo una profunda desilusión con la República, sino también su convicción de que ningún cambio social profundo se produciría mediante la inserción en el Estado cubano. Convencidos de que el sistema político republicano le debía más al pasado colonial español que a la revolución de 1895, estos disidentes cubanos soñaban con reemplazar el sistema político con uno cuya forma importara menos que su fin, a saber, un cambio social radical. Este fin, a sus ojos, justificaría los medios.

Aun en años venideros, otros Martí y no Maceos simbolizarían la mayoría de los desplazamientos ideológicos de los cubanos desde las vías tradicionales de participación que representaban las élites políticas hacia la renovación de la revolución social. Después de la derrota electoral de los liberales en 1912 (principalmente porque el encarcelamiento o el disgusto le impidió a la mayoría de los votantes afrocubanos ir a las urnas), la administración del conservador Mario García Menocal se esforzó por resucitar a Antonio Maceo en la opinión pública, esperando atraer a sus filas a un gran número de afrocubanos, que no tenían ninguna razón para seguir confiando en el Partido Liberal. Sin embargo, ninguno de estos gestos fue convincente para los negros, quienes en su mayoría concentraron sus esfuerzos políticos en el movimiento obrero (véase Primelles 1955:14-15; 85; 146-147; 200).

Muchos cubanos, tanto blancos como negros, volvieron a participar en conmemoraciones públicas de Martí después de 1912, reconociendo que el significado de su presencia era tan petrificado y vacío como el monumento que veneraban. Así, en febrero de 1913, miles de cubanos de todas las razas se congregaron para inaugurar el largamente esperado monumento a Martí, en Dos Ríos, Oriente. Este monumento reemplazaría la original pila de rocas y la cruz tallada que Máximo Gómez y sus tropas habían puesto en ese lugar en 1896. Además, el mismo oficial municipal había logrado fondos suficientes para construir otro monumento en la plaza central del pueblo de Palma Soriano, el sitio en que las tropas españolas habían exhibido el cadáver de Martí. Al honrar el lugar de la muerte de Martí y el lugar donde se había recordado su vida por primera vez, la inauguración simultánea de los dos monumentos no pudo haber sido más apropiada. Indirectamente, ambos simbolizaron la dualidad de las imágenes de nación recientemente en pugna.

Conclusión

Aunque no se sabe si Palma Soriano era un punto de apoyo para las actividades del PIC o los rebeldes en el campo, la población de este pueblo y sus áreas cercanas había sufrido un gran daño material y psicológico como resultado de la “guerra de razas” de 1912.³² No obstante, el número de asistentes a la inauguración del monumento en Palma Soriano y su gemelo en Dos Ríos sorprendió a los organizadores de estos eventos.³³ En pocos momentos de la historia de la República, los cubanos habían estado tan divididos como en el preciso instante en que los habitantes de Oriente —cuna de las tres guerras por la independencia, así como de la protesta armada de los independientes de color— optaron por volver sus miradas hacia un nuevo monumento a Martí. Distintas visiones de la nación, que una vez formaron un proyecto unificado, estaban ahora más que nunca fragmentadas y aisladas las unas de las otras. En ese contexto, el reemplazo del viejo monumento de Dos Ríos por uno nuevo y el reconocimiento de Palma Soriano como un sitio demarcador de múltiples niveles de memorias dolorosas (de Martí, de la revolución de 1895 y de los recientes eventos de 1912) pudieron haber producido más alivio que preocupaciones. Desesperados por aminorar los fracasos del pasado y aprovechar las lecciones del presente, los cubanos reunidos en torno a estos nuevos monumentos a Martí buscaron sanar viejas heridas que los recientes eventos de la guerra habían abierto.

Por medio de la conmemoración de un hombre cuyo martirio todos respetaban, los cubanos de la Primera República midieron las distancias entre sus fragmentadas imágenes de la “nación” y buscaron la mejor forma de forjar vínculos entre ellos. Al igual que la destrucción y el reemplazo del monumento construido por Máximo Gómez y sus tropas en Dos Ríos, el desmantelamiento del corrupto y decadente Estado republicano y el establecimiento de uno más abierto y revolucionario llevarían muchos años. Entre 1913 y 1933, los negros cubanos y muchos blancos también intentaron renovar su compromiso con una alternativa más revolucionaria de la “nación”, por medio de caminos políticos externos a las tradicionales luchas partidarias y las líneas del poder controlado por los caudillos al interior del Estado. El surgimiento de sindicatos, la diseminación de nuevas ideas, la emergencia de organizaciones feministas radicales y del movimiento estudiantil de 1920 posteriormente

producirían nuevas visiones alternativas de la "nación". Intelectuales, trabajadores, campesinos y miembros de la burguesía profesional, muchos de ellos nacidos después de Revolución de 1895, volverían a concentrar su atención en Martí. Pero esta vez, resucitarían a un nuevo, socialmente radical y antiimperialista José Martí. A fin de cuentas, esta versión de la "nación" y de Martí desestabilizaría al Estado neocolonial en 1933, sólo para inspirar una nueva era de enfrentamientos y, tal vez inevitablemente, una serie de nuevos Martí.

NOTAS

1. Traducción del inglés por Claudio Barrientos.
2. Valdés Domínguez había sido por largo tiempo amigo personal de Martí. Véase "Efemérides del Cuartel General del Ejército Libertador de Cuba. Biografía y diario de la Guerra del Brigadier de Estado Mayor Vicente Pujals Puente", Archivo Nacional de Cuba (en adelante, ANC), Fondo Donativos y Remisiones, Caja 612, Signatura 20, 43-44; Valdés Domínguez (1972-1975:84-87); y la carta de Enrique Collazo a su esposa en Tampa publicada en "De Cuba Libre", *República Cubana*, 8 de octubre de 1896, Año I, No. 38.
3. José Rafael Estrada a Máximo Gómez, ANC, Fondo Máximo Gómez, Legajo 21, Expediente 2865, 30 de marzo de 1902.
4. Para un análisis del cambio en la opinión pública y la movilización de diversas clases sociales contra Estrada Palma en el período de 1902 a 1905, véase los capítulos 5 y 6 de mi tesis doctoral (Guerra, en proceso).
5. "Del presidente de la República", *El Fígaro*, Año 21, No. 9 (26 de febrero de 1905), p. 103.
6. Para ejemplos de estas posiciones, véase las series de discursos conmemorativos en sesiones especiales del Congreso Cubano y los comentarios publicados en la prensa oficial isleña, especialmente en *La Discusión* y *La Lucha*, el 19 y 20 de mayo entre los años 1902 y 1917. Para mi propio análisis de los significados del discurso en su contexto político, véase Guerra (en proceso, capítulo 9).
7. Martí (1991a, 1991b, 1991c) escribió claramente acerca del problema racial en el ensayo titulado "Mi raza", así como también a base de metáforas sobre las divisiones de clase en "Pobres y ricos" y "Plato de lentejas", originalmente publicados en el órgano político del Partido Revolucionario Cubano *Patria* en 1893 y 1894.
8. El PIC también planteó este asunto fuera de los confines de la publicación *Previsión*. Un manifiesto mezcló los preceptos de las enseñanzas de Cristo con apropiaciones de las ideas de Martí y Maceo, en la explicación de la postura del partido acerca de la igualdad y los derechos humanos por encima de las diferencias raciales. Véase Juan de Dios Duany, "Mal presagio. El microbio moral en nuestra sociedad", en ANC, Fondo Especial, Caja 4, Expediente 63 (antiguo), 720 (nuevo). Para ejemplos de escritos anarquistas sobre los vínculos ideológicos entre Jesús y Martí, véase los citados en Schaffer (1997).
9. Por ejemplo, véase "Para blancos y negros. Vía Veritas et Vita", en ANC, Fondo Especial, Caja 4, Expediente 134 (antiguo), 726 (nuevo).
10. Véase el manifiesto "Negros, ya es hora", 15 de noviembre de 1909, en ANC, Fondo Especial, Caja 4, Expediente 123 (antiguo), 175 (nuevo).
11. Véase "Grandes fiestas del Partido Independiente de Color. El domingo 24 de abril de 1910" en ANC, Fondo Especial, Caja 4, Expediente 132 (antiguo), 724 (nuevo).

12. Pedro Ivonnet a José Miguel Gómez, 3 de febrero de 1910, en el Archivo del Museo de la Ciudad de La Habana, Fondo Personalidades de la Guerra de la Independencia, Caja 68, Expediente 39.
13. Manifiesto "A los cubanos", octubre de 1908, en ANC, Fondo Academia de la Historia de Cuba, Caja 498, Signatura 560.
14. "Los veteranos de la independencia al pueblo de Cuba", 28 de octubre de 1911, en ANC, Fondo Academia de la Historia de Cuba, Caja 105, Signatura 208.
15. "Ni blancos, ni negros: sólo cubanos", publicado como suplemento en *El Veterano: Revista Cívico Militar de Intereses Generales* (23 de abril de 1910).
16. Manuel Arando, "Pro-patria", *El Veterano*, Año II, No. 1 (9 de enero de 1910), p. 6. Arando también firmó la petición citada anteriormente.
17. "¡Alto, compañeros!", *El Veterano*, Año II, No.3 (23 de enero de 1910), p. 1.
18. Para un ejemplo de la actitud inicial de Cisneros Betancourt hacia este movimiento, en su calidad de Presidente nacional de la Asociación de Veteranos, véase "A los veteranos", 8 de agosto de 1908, en ANC, Fondo Academia de la Historia de Cuba, Caja 498, Signatura 564.
19. Véase los documentos bajo el título "Veteranista Agitation—Attitude of the United States", en Gobierno de los Estados Unidos (1919:236-242).
20. Manuscrito pasado a máquina con membrete del Senado cubano y mantenido en los documentos donados por los herederos de Cisneros Betancourt, titulado "Manifiesto con motivo de la campaña de los Veteranos (no llegó a publicarse) (Lo trajo V. Villar)" en ANC, Fondo Academia de la Historia de Cuba, Caja 498, Signatura 555.
21. Véase Gobierno de los Estados Unidos (1919:241-242).
22. Véase el anuncio "Grandes fiestas..." citado anteriormente (nota 11).
23. Telegrama de A.M. Beaupre a Philander Knox, 27 de junio de 1912, United States National Archive, Record Group 59, File 837.00/843; R.E. Holaday to A.M. Beaupre, 28 de junio de United States National Archive, Record Group 59, File 837.00/877; y *The Cuba Magazine* (julio de 1912), pp. 224-225.
24. *La Lucha*, 29 de julio de 1912, p. 1.
25. La postal original se encuentra en el archivo privado de la autora. La misma imagen aparece en la página frontal de *La Lucha* el día después de la muerte de Estenoz.
26. Rafael Suri Guerra a José Miguel Gómez, 30 de julio de 1912, en ANC, Fondo Secretaría de la Presidencia, Caja 110, Signatura 2, Segunda Pieza. Suri Guerra estaba detenido en la prisión de Santa Clara.
27. Carta de Rafael Suri Guerra, Luis Pérez Gromasa y Francisco González al Secretario de Justicia, 7 de agosto de 1912, en *ibid.*

28. L. Morúa Delgado a José Miguel Gómez, 30 de julio de 1912, en ANC, Fondo Secretaría de la Presidencia, Caja 110, Signatura 2. La carta fue escrita e impresa en la sociedad de mulatos Club Morúa Delgado, el 28 de mayo de 1910, exactamente en la fecha de la muerte de Martín Morúa Delgado. León, su hermano y presidente del Club, habló en representación de todos sus miembros.

29. Dos impresos del "Plano del Parque Central con motivo del banquete dado al Ejército Nacional después de la campaña racista" se encuentran en ANC, Fondo Academia de la Historia de Cuba, Caja 106, Signatura 235.

30. A diferencia de la inspiración religiosa de la santería afrocubana, el espiritismo era (y es) una práctica cultural sincrética a través de la cual las personas especialmente dotadas para ello contactaban el mundo de los espíritus. "Auto del Juez Gonzalo del Cristo y Del Corral", 14 de junio de 1912, en ANC, Fondo Secretaría de la Presidencia, Caja 110, Signatura 2, Primera Pieza.

31. Las décimas fueron firmadas así: "Del guajiro Seberino Solíz pertenece al comité de la Manicaragua natural de Esperanza al señor Esfaristo Esenos", sin fecha. Para una transcripción completa, véase "Poesía manuscrita firmada por Siteriano Solíz, dedicada a Evaristo Estenoz" en ANC, Fondo Especial, Caja 4, Expediente 137 (antiguo), 729 (nuevo).

32. Testimonios de este patrón son dos cartas del alcalde de Palma Soriano y José Rafael Estrada, el organizador municipal y patrocinador de estos monumentos desde 1902. Escritas durante la represión de 1912, las cartas le piden a la administración de Gómez proveer de un alivio económico. Su autor estimaba que, como producto del estado de terror en los campos, la población del pueblo había aumentado al menos en unos 7,000 refugiados. Véase José Rafael Estrada a Salvador Cisneros Betancourt, 27 de junio de 1912; y el Presidente del Ayuntamiento de Palma Soriano al Presidente de la República, 24 de junio de 1912, en ANC, Fondo Academia de la Historia de Cuba, Caja 499, Signatura 571.

33. El organizador de los proyectos de monumentos fue apoyado por uno de los pocos veteranos de guerra blancos que se había opuesto a la represión criminal de los seguidores del PIC, el Presidente del Consejo Nacional de Veteranos, Cisneros Betancourt. Aunque Cisneros no concurrió al evento, otros veteranos como Jesús Rabí, quien apoyó y celebró la represión del PIC, se sintieron obligados a asistir. Véase la correspondencia entre José Rafael Estrada y Salvador Cisneros Betancourt, noviembre 29 de 1912; junio 14 de 1913; julio 9 de 1913; y documentos relacionados en ANC, Fondo Academia de la Historia de Cuba, Caja 499, Signatura 571.

REFERENCIAS

Documentos inéditos

Archivo del Museo de la Ciudad de La Habana, Fondo Personalidades de la Guerra de la Independencia, La Habana, Cuba.

Archivo Nacional de Cuba, Fondos Academia de la Historia de Cuba, Donativos y Remisiones, Fondo Especial, Máximo Gómez, Secretaría de la Presidencia, La Habana, Cuba.

United States National Archive, Record Group 59, Washington, D.C.

Publicaciones gubernamentales

Gobierno de los Estados Unidos. (1919). *Papers Relating to the Foreign Relations of the United States with the Annual Message of the President Transmitted to Congress December 3, 1912*. Washington, D.C.: Government Printing Office.

Revistas

The Cuba Magazine, 1912.

La Discusión, 1902-1917.

El Fígaro, 1905.

La Lucha, 1902-1917.

Previsión, 1908-1910.

República Cubana, 1896.

El Veterano: Revista Cívico Militar de Intereses Generales, 1910.

Fuentes secundarias

De la Fuente, Alejandro. (1998). Race, National Discourse, and Politics in Cuba: An Overview. *Latin American Perspectives* 25 (3):43-69.

Ette, Ottmar. (1995). *José Martí, poeta revolucionario: una historia de su recepción*. México D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México.

Fernández Robaina, Tomás. (1990). *El negro en Cuba, 1902-1958: apuntes para la historia de la lucha contra la discriminación racial*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

Ferrer, Ada. (1998). The Silence of Patriots: Race and Nationalism in Martí's Cuba. En *José Martí's "Our America: From National to Hemispheric Cultural Studies*, editado por Jeffrey Belnap y Raúl Fernández. Durham: Duke University Press. Pp. 228-249.

Guerra, Lillian. (En proceso.) *Crucibles of Liberation in Cuba: José Martí, Conflicted Nationalisms, and the Search for Social Unity*. Tesis doctoral, Universidad de Wisconsin, Madison.

Helg, Aline. (1995). *Our Rightful Share: The Afro-Cuban Struggle for Equality, 1886-1912*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.

Martí, José. (1991a). El plato de lentejas. En *Obras completas*. Tomo III. Segunda edición. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales. Pp. 26-30.

- Martí, José. (1991b). Mi raza. En *Obras completas*. Tomo II. Segunda edición. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales. Pp. 298-302.
- Martí, José. (1991c). Pobres y ricos. En *Obras completas*. Tomo II. Segunda edición. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales. Pp. 251-52.
- Pérez, Louis. (1986). Politics, Peasants, and People of Color: The "Race War" in Cuba Reconsidered. *Hispanic American Historical Review* 66:509-539.
- Portuondo Linares, Serafín. (1950). *Los independientes de color: historia del Partido Independiente de Color*. Segunda edición. La Habana: Editorial Librería Selecta.
- Primelles, León. (1955). *Crónica cubana, 1915-1918: la reelección de Menocal y la revolución de 1917. La danza de los millones. La Primera Guerra Mundial*. La Habana: Editorial Lex.
- Rodríguez, Raúl. (1992). *El cine silente en Cuba*. La Habana: Editorial Letras Cubanas.
- Ruiz Suárez, Bernardo. (1922). *The Color Question in the Two Americas*. Traducción de John Crosby Gordon. Nueva York: The Hunt Publishing Co.
- Schaffer, Kirk. (1997). Cuban? Spaniard? Anarchist? Anarchist Internationalism Confronts the Beast of Cuban Nationalism, 1898-1925. Ponencia presentada en la Conferencia de la Asociación de Historiadores Americanos, Seattle, Washington, diciembre.
- Scott, Rebecca. (1998). Race, Labor, and Citizenship in Cuba: A View from the Sugar District of Cienfuegos, 1886-1909. *Hispanic American Historical Review* 78 (4):687- 728.
- Valdés Domínguez, Fermín. (1972-1975). *Diario de soldado*. Tomo 2. La Habana: Universidad de la Habana.

RESUMEN

Este artículo examina la relación entre la memoria histórica y la formación del Estado-nación en Cuba a principios del siglo veinte. La autora argumenta que los cubanos derivaron interpretaciones divergentes de la "nación" a partir del proceso revolucionario, que suprimió tanto las diferencias raciales como las implicaciones políticas de esas diferencias en pos de la unidad social. Durante la primera década de la República, veteranos de las guerras de independencia se enfrentaron con las difíciles cuestiones de raza y la expectativa de parte de muchos de que el Estado jugaría un papel activo en romper con los prejuicios raciales del pasado colonial. Participantes centrales en este debate fueron el movimiento veteranista de 1910-1911 y el Partido Independiente de Color entre 1909 y 1912. Este ensayo analiza las batallas por controlar el Estado (o lograr acceso a él) en función de estos dos sectores como luchas discursivas por la autenticidad y el derecho a implantar proyectos divergentes de la "nación". Como símbolos de memorias disputadas, los monumentos a José Martí y los debates sobre su significado revelan que múltiples visiones de la "nación" no sólo jugaron un papel importante en la realidad política de Cuba, sino también hasta qué punto la dedicación de muchos cubanos a la defensa de su particular "nación" resultó en la marginación de visiones más democráticas abogadas por otros. [**Palabras clave:** nación, raza, José Martí, Cuba, Partido Independiente de Color.]

ABSTRACT

This article explores the relationship between historical memory and the formation of the nation-state in early-twentieth-century Cuba. The author argues that Cubans derived divergent understandings of "nation" from the process of revolution itself, a process that suppressed both racial differences and the political implications of those differences for the sake of social unity. During the first decade of the Republic, veterans of the wars for independence struggled with the hard issue of race and the expectation on the part of many that the State would play an active role in ending the inequalities of the colonial past. Critical in this debate were the veterans' campaign of 1910-1911 and the Independent Party of Color between 1909 and 1912. This essay analyzes battles to control (or gain access to the State) in relation to these two groups as discursive struggles for authenticity and the right to implement divergent projects of "nation." As signifiers of conflicted memories, monuments to José Martí and debates over his meaning reveal that multiple visions of "nation" were not only an important part of Cuba's political reality; they also demonstrate the extent to which many Cubans' commitment to the defense of their particular "nation" resulted in the marginalization of more democratic visions espoused by others. [**Keywords:** nation, race, José Martí, Cuba, Independent Party of Color.]